

Beckmann, un cazador de osos amigo mio, me contó de qué modo se conduce el carnicero cuando los acomete: unos caballos pacian tranquilamente en las inmediaciones de un bosque pantanoso, y cerca de ellos estaba en acecho el cazador arriba mencionado; salió entonces un oso de la espesura y se acercó deslizándose lenta y sigilosamente hacia los caballos, hasta que estos se apercibieron de su presencia y echaron á huir á todo escape. Persiguióles el carnicero dando saltos prodigiosos; alcanzó muy en breve á uno de ellos; dióle un tremendo golpe en el lomo con una de sus patas, mientras que con la otra le cogió por la cabeza; derribóle al suelo y le desgarró el pecho. Al notar que entre los demás caballos que huían, había uno cojo, el cual era imposible se escapara, dejó al instante la presa derribada y voló detrás de la segunda víctima; alcanzóla á los pocos momentos y la mató. Los dos caballos daban unos relinchos horrorosos, á los que contestaba el carnicero con fuertes rugidos. Cuando el oso lleva su valor hasta la temeridad, se acerca también á los establos y trata de penetrar en ellos á viva fuerza, ya sea derribando las puertas, ya sea, como ha sucedido repetidas veces en Escandinavia, practicando una abertura en el tejado. Si el carnicero logra penetrar en el establo, degüella una vaca, la desata, cógela con una de sus patas delanteras, mientras que con la otra se agarra á una viga del techo, y tiene fuerza bastante para salir así con la vaca á cuestras por el boquete por donde se introdujo; lleva luego mas lejos su víctima, y durante el camino vence el oso toda clase de obstáculos: aunque lleve un caballo ó una vaca estrangulados, pasa, como ha podido varias veces observarse, los puentecillos mas peligrosos de los Alpes, puentecillos formados de dos troncos de árbol echados sobre un abismo. Es muy peligroso este carnicero en las montañas de los Alpes, especialmente en los días de niebla, puesto que le es fácil acercarse al rebaño sin ser visto, y puede llevarse una de las reses, sin que las restantes se aperciban de su presencia. Pero si ha cogido una res y las otras han logrado notarlo, entonces todo el rebaño se precipita contra él; le cerca bufando y mugiendo de un modo terrible; los toros valerosos le acometen á cornadas y le obligan de este modo á emprender la fuga.

Los ciervos, los corzos y las gamuzas escapan casi siempre de su persecucion, gracias á su agilidad y á la rapidez de su carrera; sin embargo, en el norte de Escandinavia persigue y caza á los renghiferos. Acecha también á los peces y recorre, para cogerlos, grandes distancias á lo largo de los rios.

Por lo comun el oso no devora su presa inmediatamente despues de cogida; depositala mas bien en un sitio y da varias vueltas alrededor de ella, resollando y rugiendo en tono bajo; á veces la cubre de musgo, se retira y vuelve despues para comerla. En los bosques de los Urales se encuentran enterados y cubiertos de musgo caballos enteros, dejando al descubierto tan solo una de sus piernas, lo que se hace con objeto de atraer á los osos y matarlos, consiguiéndose no pocas veces el fin propuesto. Muchos cazadores rusos aseguran que en ciertas ocasiones el oso se acerca también á las carroñas: cuando alguna epidemia diezma los ganados y los campesinos de Siberia se ven obligados á enterrar las reses muertas, los osos las sacan de sus fosas para saciarse con sus carnes. Es probable que el oso busque á veces los cadáveres, pues en Abacaro, aldea de Siberia, se mató á un oso en el cementerio en el preciso momento de exhumar un cadáver recién sepultado.

Sabido es que el carácter del animal está siempre en armonía con el régimen alimenticio que es de su preferencia: el oso herbívoro y frugívoro es cobarde y tímido, al paso que el carnicero es un enemigo peligroso para el hombre y los demás animales por él perseguidos.

«En todo el Kamtschatka, dice Steller, abundan mucho los osos negros, y con frecuencia encuéntranse numerosas manadas. Ya hace tiempo que habrían despoblado todo el país si no fueran tan dóciles como pacíficos. En la primavera bajan de las montañas, donde se refugian en el otoño para buscar su alimento y pasar el invierno. Llegan hasta la embocadura de los rios, recorren la orilla, pescan peces, y cuando tienen muchos solo comen la cabeza. Si encuentran una red la sacan fuera y devoran los pescados cogidos en ella. En el otoño, cuando estos últimos remontan los rios, les siguen los osos y vuelven á la montaña.

» Cuando uno de los naturales encuentra algun oso, dirige la palabra desde lejos, invitándole á que se conduzca como amigo: las mujeres y las niñas, que recogen los frutos, no se intimidan al ver estos animales. Si un oso se acerca á ellas, no es mas que para quitarles lo que han cogido y comérselo; y solo acomete al hombre cuando este le interrumpe su sueño. Rara vez se precipitan contra el cazador, aunque se les haya herido; y tienen el atrevimiento de penetrar en las casas y robar cuanto encuentran.»

Atkinson refiere una historia que está en perfecta armonía con lo dicho por Steller. «Dos niños de dos á cuatro años se habian alejado de su casa: al cabo de algun tiempo notóse su desaparicion; buscóseles por todas partes en el pueblo y luego en la turbera, y con el mayor asombro y espanto, víéronles los padres jugando con un oso. Uno de los niños le daba de comer; el otro se habia montado sobre su lomo, y el animal correspondia con las mas amistosas caricias á su infantil confianza. En el colmo del terror, los padres lanzaron un grito y esto bastó para hacer huir al compañero de juego de sus hijos.»

A la llegada del invierno prepara el oso una guarida en el fondo de los bosques sombríos y desiertos, lejos de la vivienda y del contacto de los hombres, en los sitios donde hay troncos caidos y raíces arrancadas, en los huecos ó entre las rocas, ó en las cuevas que encuentra ó abre el mismo, y en tallares muy espesos donde forma una especie de cabaña con ramaje y hojarasca. Forma un blando lecho arreglado cuidadosamente, aunque sin arte, con musgo, hojas, yerbas y ramaje.

En los Karpatos de Galitzia, donde esta morada de invierno se llama *gaura*, el oso prefiere, segun Knaur, los huecos de árboles robustos á otras habitaciones, con tal que el punto de entrada ó la abertura no sea demasiado grande. Antes de que la tierra se cubra con las primeras nieves, prepara su *gaura*, quitando del fondo de ella la tierra, la madera podrida y demás, y cubriéndolo luego con una capa de ramas secas que recoge cuidadosamente en los alrededores. Cuando comienzan á sentirse los rigurosos frios de invierno, el oso va á ocupar su escondrijo y duerme el sueño invernal, cuya duracion varia segun el clima del país y las mudanzas de la estacion. Mientras la hembra se recoge á principios de noviembre, el oso, segun pude reconocerlo yo mismo en Croacia por medio de una pista, sigue merodeando todavía á mediados de diciembre, tanto si molesta como si no molesta el frio. Segun aseguran los cazadores rusos, estos, antes de dormirse, examinan con mucho cuidado las inmediaciones de su morada, y se trasladan á otro sitio no bien notan la presencia de huellas humanas. Si aun en medio del invierno comienza el deshielo, así en Rusia como en Siberia, véseles á veces dejar su madriguera para ir á beber agua ó tomar alimento; pero en época de frios continuados y de copiosas nevadas no salen ni una sola vez de ella, y pueden dormir con sueño tan profundo, que no se lo interrumpan ni aun los crujidos de los árboles que caen en las inmediaciones. «Poco antes de su sueño invernal, me escribe Loewis, el oso

parece mejor dispuesto á dejar su morada que en la mitad del invierno. Es cierto que en Livland permanece por espacio de tres ó cuatro meses enteramente sepultado bajo la nieve y no come nada absolutamente, de manera, que durante todo este tiempo se encuentra su estómago del todo vacío».

Por el contrario, cuando el tiempo es bonancible, permanece quizás muy pocas semanas en su morada invernal, y no piensa probablemente en volver á ella en ciertas latitudes, donde el clima es mas benigno, como lo indica lo que yo y otros pudimos observar en individuos cautivos. Estos observan en el invierno la misma conducta que en verano; si se les da bastante alimento, comen cuanto pueden y no duermen mas en una estacion que en otra. La hembra está completamente despierta y muy avispada cuando se acerca la época de su parto; pero despues de este duerme tan profundamente como el macho, y no come lo mas mínimo, segun he podido notarlo hasta en el encierro. No resistiría el animal la rigurosa abstinencia que guarda durante el invierno, si no tuviera la precaucion de comer mucho y engordar con exceso durante el verano y otoño; la grasa de que se recarga en estas estaciones, le basta para alimentarse en el período de frio y de inaccion que debe seguirse. Como la mayor parte de los animales que se aletargan durante el invierno, aparece el oso en la primavera muy flaco y extenuado. Los antiguos, de quienes era ya conocido este fenómeno, notaron que durante el reposo de invierno, tiene este animal la costumbre de lamerse las patas y sobre todo, las plantas de sus piés, y creyeron que así chupaba la grasa de estos. Inútil parece advertir que esto no pasa de ser una fábula en la cual creen todavía muchas gentes á ojos cerrados. Vese obligado á abandonar definitivamente su morada invernal en la época del deshielo, durante la cual la nieve derretida inunda la madriguera, y el oso se horroriza, sin poder continuar su sueño.

Por lo que respecta á la reproduccion del oso, vese aun en los tratados de Historia natural mas modernos una incertidumbre tanto mas extraña cuanto que este animal es un carnicero de los que se domestican con frecuencia. Existe en nuestros días un cúmulo tal de observaciones sobre la época del celo, apareamiento y nacimiento del oso, y concuerdan todas ellas entre sí en tanto grado, que á pesar de haber sido hechas en animales cautivos, se pueden, sin embargo, hacer conjeturas bastante fundadas acerca de sus costumbres en estado libre. La época del celo para el oso tiene lugar en mayo y principios de junio, pues dura un mes entero. Unos osos, de los cuales yo cuidaba, se aparearon por primera vez á principios de mayo y así continuaron uniéndose cada día repetidas veces hasta mediados de junio, habiendo otros observadores notado precisamente lo mismo. Solo en el caso de que se junte mas tarde una pareja por largo tiempo separada, puede suceder que la época del celo prosiga aun durante los meses de julio, agosto y setiembre. El apareamiento se efectua en los osos de la misma manera que en los perros; pero es completamente inexacto que el macho viva en estrecho maridaje con la hembra y que sea un modelo de fidelidad. Entre la pareja arriba mencionada reinaba al parecer una fidelidad extraordinaria y un cariño sin limites: cierto día mandé introducir en la jaula otra pareja, y al momento comenzó la lucha entre ambos machos, no por amor á una sola hembra, sino para disputarse la posesion de las dos. El vencedor se unió con la segunda hembra á la vista misma de su legitima consorte, la cual estaba contemplando el espectáculo desde la copa de un árbol.

Los dos osos dieron suficientes pruebas de cobardía durante aquel combate: avanzaban ambos con suma precaucion; olfateábanse mutuamente: se miraban de reojo y se retiraban

apenas se ponía uno de ellos en actitud de levantar la pata. La lucha comenzó dándose manotadas rápidas como el rayo; el animal acometido retrocedía cada vez lleno de miedo; si bien avanzaba luego dispuesto á renovar el ataque, hasta que, por último, se enderezaron ambos, cogiéronse, como dos gladiadores, con las fauces muy abiertas, pero sin morderse, y despues de algunas sacudidas se soltaron para comenzar de nuevo la lucha.

Linneo dice que la hembra está preñada 112 días, porque este naturalista creía que el período del celo caía en octubre; pero en realidad la preñez dura á lo menos seis meses y probablemente algo mas. A 11 de marzo encontró Knaur en los Karpatos, en una gaura que registró despues de muerta la osa, dos oseznos de la talla de un conejo, que en su concepto contarían de 5 á 6 semanas de existencia, lo que no hace mas que confirmar lo dicho en otra parte respecto del nacimiento de los oseznos, los cuales crecen al principio con tanta lentitud, que hasta un cazador experto puede equivocarse en algunas semanas tocante á su edad.

Pietruvsky, amigo de mi padre y naturalista concienzudo, dice que la madre no abandona un momento á sus pequeños en las dos primeras semanas, aun cuando padezca hambre y sed. Solo al cabo de quince días bebió un poco de leche cierta hembra que acababa de parir, y para esto fué necesario ponerla á su alcance. Rodeaba á sus hijuelos con las patas, cubriales con su hocico y les formaba así un abrigado lecho: tres semanas despues de nacer los pequeños, levantábase la hembra á menudo y se alejaba algunos pasos. Los oseznos estuvieron cuatro semanas con los ojos cerrados y no comenzaron á andar hasta los dos meses; en abril jugueteaban en el patio; en mayo tenían la talla de un perro de aguas, poco mas ó menos, y saltaban ó retozaban por todas partes.

Una de nuestras osas tuvo dos hijuelos en la penúltima semana de enero; se la hizo una cama de paja en el interior de su foso, y manifestóse reconocida por ello. Uno de los pequeños murió poco despues de nacer, á consecuencia de una hemorragia umbilical; el otro, robusto y avisgado, media 6", 15 de largura; su pelo era raso, de un color gris plateado; tenía los párpados caidos, y su voz consistía en un murmullo lastimero, aunque bastante fuerte. La hembra habia sido separada del macho, y no parecía profesar gran cariño á su hijo, manifestando por el contrario mucho placer cuando veía á su compañero de cautividad. Apenas se acercaba este, dejaba la madre á su pequeño, y aproximábase también á la puerta de su departamento, soplando y olfateando: trataba al oseño con crueldad, arrastrábale por el hocico como si fuera un pedazo de carne, le tiraba por el suelo y le pisoteaba, tanto que el animal murió á los tres días. Y todo esto lo hizo por su afán de ver al macho; cuando estuvo reunida con él, quedóse otra vez muy tranquila, siendo así que los días anteriores estuvo muy agitada.

Dos años mas tarde la misma osa parió de nuevo el 5 de enero, y esta vez se comportó en el fondo del mismo modo que nos dice Pietruvsky de los suyos. Tres semanas antes de parir se retiró á su celda y arregló una yacija de paja; estaba como amodorrada, triste y apenas comía. A los pocos días no tomó ya el menor alimento, y hasta rehusaba el agua que se le ofrecía; amparaba á los oseznos recién nacidos del modo que queda dicho, si bien á veces se echaba á otro lado, siempre vuelta de espaldas á la puerta de su celda, y no daba pruebas de acordarse lo mas mínimo del macho, que estaba encerrado en la celda contigua, atenta siempre al cuidado de su prole. Parece que el 17 de febrero dejó por primera vez su lecho para ir á beber; hasta entonces no habia probado bocado y solo en esta fecha comenzó á comer. Uno de los dos oseznos habia muerto, y el sobreviviente tenía la talla de un

conejo de mediano tamaño. A las cinco semanas abrió los ojos y no comenzó á andar hasta fines de febrero; era muy torpe y rudo; á últimos de marzo principió á pasear por el patio, y en abril intentó alejarse á alguna distancia. La madre ejercía sobre él una severa vigilancia; seguiale por todas partes, sin perderle nunca de vista, y le hacia retroceder á viva fuerza, cogiéndole con la pata, cuando trataba de alejarse demasiado; cuidaba de su limpieza, sumergiéndole de vez en cuando en el pilon y sacándole de él con la pata, despues que se habia bañado. La primera salida del oseño sin el permiso de su madre le costó la vida, pues al volver, se extravió, penetró en el departamento del oso blanco y fué destrozado por este fiero animal. La madre mostró muy poco sentimiento por la muerte de su hijo, ó por lo menos dió una prueba de ello, cuando fué llevada al departamento del macho y trató á este con el cariño de costumbre.

Los que han observado á los osos en libertad, dicen que los padres permanecen con sus hijuelos hasta la siguiente época del celo y que llegada esta, les ahuyentan obligándoles á declararse independientes. Yo creo que la hembra en estado libre no pare sino cada dos años. En el mes de mayo, que es el que sigue al nacimiento de los oseños, estos son demasiado pequeños para que la madre los abandone, y por esto cuesta trabajo suponer que vuelva ya á aparearse luego. Las observaciones practicadas en osos cautivos confirman esta opinion mia, por mas que hayan ocurrido casos que pudieran probar lo contrario. Es de observar, sin embargo, que en tales casos se habia siempre quitado su prole á la osa, ó bien los oseños habian muerto al nacer ó poco despues de nacidos; y es ya sabido que entonces los mamíferos entran en celo mas pronto que de costumbre. Una osa retenida cautiva por el guarda-bosque Soucha parió cuatro veces en el espacio de cuatro años, y dos en el de 1869, el 6 de enero la primera y el 29 de diciembre la segunda; pero en los dos primeros partos ahogó á sus pequeñuelos, y los del tercero fueron criados artificialmente. Ya se comprenderá que estos casos anómalos é irregulares no pueden servir para juzgar de las costumbres de este animal en estado libre. Unos expertos cazadores rusos de osos, á quienes yo pregunté sobre el particular, me manifestaron tener mi misma opinion, y hasta se extrañaron de que les dijese que no se sabia aun si la osa paria cada uno ó cada dos años.

Los oseños rechazados por los padres se alejan poco de su antigua morada durante el verano, y se recogen en ella cuando llega la estacion fria, con tal que no se les expulse; reúnen con frecuencia varios de ellos. Eversman, que publicó un relato de los campesinos y cazadores rusos, atribuye á estas reuniones una significacion particular: aquellos han experimentado que la madre encarga á los hijos mayores el cuidado de los pequeños, por lo que llaman *pestun* (guardian de niños) á los osos de dos años que corren con su madre y sus hermanos. Eversman refiere lo siguiente de varios osos que habian atravesado el Kama: «Al llegar la madre á la orilla opuesta, vió un *pestun* que la seguia lentamente, sin ayudar á sus hermanitos, que estaban todavía en la otra orilla. No bien llegó, dióle la madre un manotazo, retrocedió el animal y fué á buscar á un pequeñuelo, que trajo en la boca. Estaba la madre observándole mientras efectuaba esta operacion, y cuando vió que dejaba caer en el agua al segundo hermanito, abalanzóse sobre el *pestun* para pegarle; pero este habia cumplido ya con su deber, y la familia continuó en paz su camino.» Todos los campesinos y cazadores, tanto rusos como siberianos, saben perfectamente que cada osa emplea un *pestun*, confiándole el cuidado de los pequeñuelos: este está principalmente encargado de velar por su seguridad cuando están escondidos entre las malezas y mientras la ma-

dre acecha una presa, ó se sacia con la carne de una víctima, que no puede arrastrar consigo; duerme en su misma yacija en el invierno, y no se le despide en tanto no se tiene otro *pestun* para reemplazarle. Este es el motivo por el que se ve á veces á un *pestun* de cuatro años continuar todavía en el seno de una familia de osos.

He observado mucho tiempo oseños de cinco á seis meses, y puedo decir que á esta edad son muy divertidos y grotescos; siempre están en movimiento, pero tambien se distinguen por su pesadez. Gústales mucho retozar; trepan á los árboles sin necesidad alguna, luchan entre sí, saltan al agua, corren continuamente, y hacen mil jugarretas extrañas. En cambio no profesan el menor cariño á su guardian; se familiarizan con cualquiera y no parecen reconocer á nadie: aquel que les da de comer es su amigo, quien les irrita su enemigo; son tan impresionables como los niños, y en un instante se obtiene su amistad, pero se pierde con la misma prontitud. Son toscos y torpes, olvidadizos, desatentos, pesados, estúpidos; en lo cual, si no aventajan, igualan, por lo menos, á sus padres. Si se les deja solos, permanecerán horas enteras lamíéndose las patas y dejando oír un murmullo particular: todo objeto nuevo, ó animal extraño les asusta y al verlo se levantan chasqueando los dientes.

Ya en la segunda mitad del primer año de su existencia imitan en sus costumbres á los viejos: son groseros y rudos; aunque cobardes, muerden y maltratan á los animales domésticos mas débiles; dan mordiscos y arañazos hasta á su guardian, y tan solo el látigo y el palo pueden hacerles entrar en razon. A medida que van teniendo mas años, se vuelven aun mas torpes, groseros, glotones, rapaces y peligrosos. Se les puede amaestrar y acostumarles á juegos sencillos; pero no hay que fiar en ellos, pues como todos los animales de escasa inteligencia, no reflexionan, y su extraordinaria fuerza, maldad y astucia son siempre temibles. Así es que sirven únicamente para estar encerrados en un jardín zoológico, ó para divertir á la muchedumbre, en tanto que no son completamente adultos. Nunca llegan á domesticarse ni entran en intimas relaciones con el hombre. Esto es todo cuanto han observado los que trataron de amaestrar á este animal grosero y traidor, habiendo varios de ellos perdido en esta tarea la salud y la vida.

No sabemos todavía cuál sea el término del crecimiento de un oso; pero puede suponerse que necesita á lo menos seis años para llegar á su completo desarrollo. Es probable que llegue este animal á una edad bastante avanzada; pues se han conservado individuos durante 50 años, y se han visto hembras que parieron todavía á los 31.

El oso es á veces susceptible de experimentar un afecto profundo, y puede citarse como prueba la historia de *Masco*, que se hallaba en Nancy en tiempo del reinado de Renato II. Este animal estaba encerrado en una jaula del palacio; por su violencia y sus accesos de furor, cuando le irritaban, adquirió en el país tal reputacion de ferocidad, que pasó á proverbio, pues se acostumbraba á decir: *Malo como Masco*.

Cierto deshollinador, que en una fria noche no encontraba donde dormir, desesperado ya, tuvo la ocurrencia de penetrar en la jaula de *Masco*, pasando por un hueco de los barrotes; y una vez dentro, acurrucóse en un rincon sin hacer ruido. El oso se aperció bien pronto de la presencia de su huésped, mas en vez de hacerle daño, procuró calentarle y le cobró cariño, recibiéndole desde entonces todas las noches (fig. 298). Algun tiempo despues murió el muchacho á consecuencia de las viruelas; y á partir de aquel dia, rehusó *Masco* todo alimento hasta que sucumbió.

Aunque un oso domesticado parezca dócil con su amo, y hasta obediente, es preciso desconfiar siempre de él tratán-

dole con circunspeccion, y cuidando, sobre todo, de no pegarle en el extremo del hocico (1).

CAZA.—La caza de los osos es una de las mas peligrosas tareas, por mas que algunos cazadores expertos hayan desmentido en los últimos tiempos las terribles historias que tocate á ella se referian. Los cazadores serenos y tranquilos dicen que esta caza no ofrece peligro alguno para el buen tirador.

Unos buenos perros son en todos los casos los mejores auxiliares: no solamente buscan la pista del animal, sino que le entretienen, impidiendo así que caiga sobre el cazador. Solo cuando el oso está acorralado, es peligroso para el hombre; de otro modo, y aunque esté herido, huye con toda la

ligereza de sus piernas. De muy diferente modo se conduce la hembra, cuando se atacan sus hijuelos: entonces lleva su valor hasta el limite del heroismo.

En la Europa meridional se persigue al oso principalmente durante la época en que está mas gordo: por punto general se le caza al ojeo, raras veces al acecho y rarísimas en su propia morada de invierno ó delante de ella.

En Rusia se le caza con preferencia de este último modo. Como el oso se dejó perseguir y se detiene en su carrera, es fácil alcanzarle, ya al ojeo, ya al acecho, cuando ha sido descubierto por cazadores experimentados y se conoce su direccion. Sangre fria y pulso seguro, armas probadas y de buen temple: tales son los requisitos indispensables para un cazador



Fig. 298.—EL OSO MASCO

de osos; pues es necesario que se hiera de muerte al carnicero, de lo contrario, cuando no tiene otro recurso ó se siente herido, lucha desesperadamente para defender su vida; no se deja intimidar por los perros mas esforzados y mordedores, los cuales en otras circunstancias le molestan bastante; enderezase sobre las patas posteriores; se arroja con inseguro y vacilante paso sobre su enemigo y trata de ahogarle entre sus patas ó matarle á manotadas. En semejantes circunstancias, á veces no queda al cazador otro recurso que su cuchillo de monte, y aun este le sirve de bien poca cosa para salvar su vida seriamente amenazada. Por este motivo muy raras veces se ve á un hombre solo ir á la caza del oso: para esta, como para la del león ó del tigre, reúnen generalmente varios compañeros de probada fidelidad, y así se hace este animal mucho menos temible. Casi siempre el tiro de un cazador salva la vida del compañero mas próximo, amenazada por el oso, y por otra parte la consideracion que se hace cada uno de los cazadores de que no está solo y desamparado, infunde á todos ellos una serenidad y valor extraordinarios. No se crea, sin embargo, que no ocurran desgracias en las cazas

al ojeo; pero son casi siempre consecuencia de la impericia y distraccion de los tiradores, como tambien de la precipitacion y aturdimiento de los perros, que no son á propósito para la caza del oso.

Los rusos matan á este animal delante de su morada de invierno ó dentro de ella pocos momentos despues de haberse introducido en la misma, y tambien durante el invierno, cuando una gruesa y dura capa de nieve cubre los bosques por todas partes. El campesino que tuvo la suerte de encontrar la madriguera invernal de un oso, véndela al precio de 20 á 100 rublos á cazadores conocidos: acuden estos al lugar de la cita en un dia determinado; ponen de ojeadores en dos ó tres puntos del bosque á unos cuantos perros; ocupan una linea y envian en seguida al propietario del oso, acompañado de algunos perros, á la morada del animal á fin de despertarle y excitarle; á veces está este tan profundamente dormido, que no se consigue hacerle levantar sino á garrotazos, ó á fuerza de golpes dados con el cañon de una escopeta descargada. Si no es su sueño tan profundo ó se muestra menos terco, deja su morada luego de llegados los perros; deslízase por entre las malezas tratando de escaparse, amedrítale mucho la gritería, que de todas partes se oye, ha-

(1) Z. Gerbe.